**¿Quién nos podrá separar del amor de Cristo?**

**Consuelo Vélez**

Estamos iniciando el 2021 y parece que será un año de paciencia, confianza y buena disposición para lograr afrontar el covid-19 y conseguir que deje de ser una pandemia. Todo dependerá de las disposiciones de los países para hacer posible la vacuna y que llegue a todos. Ojalá que sean diligentes, pero mientras todo eso pasa, nuestra fe ha de estar más viva que nunca, porque es en estos momentos difíciles en los que se constata el significado de ella en nuestra vida.

El apóstol Pablo puede iluminar nuestra vivencia de estos tiempos, cómo lo hacía con sus comunidades, en las circunstancias que ellos tuvieron que vivir. Los instaba a la perseverancia confiada y a la esperanza gozosa con la práctica continúa de la caridad. A la comunidad de Filipos, por ejemplo, les invita a “estar siempre alegres en el Señor” (Flp 4, 4), no porque los tiempos fueran fáciles, sino por la confianza puesta en el Señor. Les pide también “no inquietarse por cosa alguna, antes bien, en toda ocasión, presentar a Dios sus peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias” (Flp 4, 6). Les promete que “la paz de Dios, que supera todo conocimiento, custodiará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús” (Flp 4,7). No una paz mágica, ni por ausencia de conflictos, sino porque viene de Dios y no depende de sí las cosas van bien o no, sino del Señor Jesús, “en quien todo se puede ya que Él mismo es quien nos conforta” (Flp 4, 13).

En la carta a los Romanos Pablo presenta las circunstancias límite que podemos vivir y antes las cuáles el amor de Dios permanece, sosteniéndonos firmes: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación? ¿la angustia? ¿la persecución? ¿el hambre? ¿la desnudez? ¿los peligros? ¿la espada? (…) en todo ello salimos vencedores, gracias a aquel que nos amó. Pues estoy seguro de que, ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro” (Rm 8, 35-39).

Es muy honda la experiencia que el apóstol espera que vivamos en el amor del Señor Jesús. “Si él está con nosotros, ¿quién contra nosotros? (Rm 8, 31). Por supuesto estas palabras no significan que no nos va a pasar nada, ni que la enfermedad o la muerte no golpeará nuestras casas o las situaciones económicas serán todas positivas. Pero si significan que la complejidad de esta situación que vivimos no puede apagar nuestra fe, sino que, por el contrario, desde ella, seguir mirando el futuro con optimismo, trabajando sin descanso por un futuro mejor para la humanidad.

Esto supondría que en este año nos empeñemos en varias deudas pendientes de nuestro compromiso cristiano. Enumeremos algunas de ellas.

-        Un verdadero compromiso con el cuidado de “la casa común”. Al inicio de la pandemia vimos como los cielos se limpiaban debido a la quietud y el no uso de transporte. Por supuesto eso solo fue una sensación que no es suficiente para detener el cambio climático, que con tanta urgencia necesitamos. Pero tal vez todo lo vivido en estos meses nos haga conscientes de la responsabilidad que llevamos entre manos, comenzando por las acciones que podemos hacer en nuestras casas y exigiendo políticas públicas que preserven por encima de cualquier ganancia económica, el cuidado del medio ambiente. Esto no es un trabajo solo de los ecologistas, es también de los creyentes que afirmamos a Dios como creador del cielo y la tierra, una casa común que se nos ha confiado y de la que se pueda afirmar: “Y vio Dios que todo estaba bien” (Gn 1, 28-31).

-        Un verdadero compromiso con la dimensión social de la fe. Es decir, sacar nuestra fe de las iglesias -en el sentido de no reducirla a las celebraciones litúrgicas-, sino que ella se viva en la realidad sociopolítica y económica de nuestros pueblos. Hemos visto y palpado la precariedad económica que golpea a la mayoría y esto no es voluntad de Dios, ni consecuencia de la pandemia. Es a raíz de sistemas económicos que solo privilegian la ganancia y no el derecho al trabajo digno. Exigir esos derechos no es solo tarea de los líderes sociales es también de todo cristiano que vive la dimensión política de su existencia y sabe que allí se concreta también la fe que profesa.

-        Un verdadero compromiso con el diálogo intercultural e interreligioso porque la pluralidad es un signo de nuestros tiempos y hay que verlo como oportunidad de diálogo y enriquecimiento mutuo y no de actitudes intolerantes y llenas de “fobias”, llámense homofobia, xenofobia, aporofobia, etc.  En este último sentido la Encíclica Fratelli Tutti hace un llamado contundente al diálogo y la amistad social, a la fraternidad/sororidad, como el núcleo más profundo de la fe, el que en verdad nos hace vivir la vida “con sabor a evangelio” (FT n. 1)

En definitiva, la vida humana siempre tendrá muchos desafíos que tenemos que afrontar y hemos de hacerlo con toda la responsabilidad posible. Y nuestra fe ha de ser el motor y la fuerza para vivir a fondo lo que cada tiempo presente trae. Y para nosotros hoy, es luchar contra el covid, pero en el horizonte de toda la problemática que ha revelado, exigiéndonos buscar soluciones integrales, más allá de la sola vacuna. No olvidemos que “la fe sin obras es muerta” (St 2,17) y solo en el compromiso con el tiempo presente mostraremos que ella está viva y vale la pena ser creyente.

--
Publicado por Fe y Vida para [FE Y VIDA - Olga Vélez](http://olga-feyvida.blogspot.com/2021/01/quien-nos-podraseparar-del-amor-de.html) el 1/05/2021 12:14:00 p. m.